



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14  
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

### REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

#### COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.  
D. Antonio Brea.  
Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.  
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.  
D. Juan Vidal de Llobatera.  
D. Ramón Vila y Colomer.  
D. Tirso de Olazábal.  
D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.  
D. Gabriel J. Llompарт.  
D. Carlos Cruz Rodríguez.  
D. Reynaldo Brea.

*Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.*



D. PEDRO VIDAL

## APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

## EXPEDICIONES, SORPRESAS Y CORRERÍAS

**M**UCHO se ha hablado por propios y extraños, especialmente por éstos, de la poca ó ninguna iniciativa desplegada por los carlistas en la última guerra. Sin negar en absoluto la creencia de nuestros enemigos, procuraremos demostrar lo contrario, poniendo la verdad en su lugar.

Por de pronto, sentaremos la premisa, sin temor de que se nos desmienta, que el principal fundamento de los liberales de buena fe, antiguos isabelinos, consistía en la natural impaciencia de ver derroscarse lo más pronto posible la República española, con sus cantones, sus asonadas, y por ende la intranquilidad que en la atmósfera reinaba, desde que se predicaba la disolución del ejército, única defensa de la sociedad, por los jefes más caracterizados de aquel sistema de gobierno. Claro es, que ante aquella turba de voluntarios de la libertad, que originaron las sangrientas jornadas de Jerez, Cádiz, Sevilla, Málaga, Valls y Cartagena; ante los *matrimonios* de Reus, de que hablaban los periódicos, y las *monsergas* y demás impiedades y perturbaciones de algunos diputados constituyentes y los Batallones vascongados, navarros y los de la antigua corona de Aragón, no había términos hábiles de comparación; así es que creemos firmemente que todas las personas sensatas suspiraban por un orden de cosas que les trajera siquiera la material tranquilidad de sus espíritus.

Antes de marchar al campo carlista, recordaremos las alarmas continuas en que vivían los honrados vecinos de Madrid, procurándose armas para defender sus familias y hogares, dado el probable caso de la desorganización completa de la colectividad que se cernía sobre ellos; y no ya Don Carlos de Borbón, que al fin y al cabo para todos era un vástago de estirpe real, y que disponía de algunos Batallones bien organizados, sin odios ni rencores, sino el *Moro Muza* (expresión que por entonces se hizo camino entre multitud de liberales de abolengo) era pedido y deseado por la inmensa mayoría de los españoles.

Su buena fe y su deseo les engañaba sin embargo; aparte de la expedición proyectada por don Nicolás Ollo, en 1873, y de la que hablaremos á continuación, no tenían en cuenta que en estos tiempos la guerra no podía hacerse en las mismas condiciones que en la otra civil: 1.º, porque las armas de combate no consumían el prodigioso número de cartuchos que hoy, en que los Batallones tienen que marchar con una forzosa pero necesaria impedimenta, y aquéllos han de contarse por cientos de miles, para las eventualidades de dos ó tres combates; 2.º, porque los telégrafos y los caminos de hierro evitan, las sorpresas aquéllos, y éstos facilitan la concentran, tracción en pocas horas de multitud de enemigos, cuando en 1834 y 1840 necesitábanse muchos días para lograrlo; y 3.º porque el deseo platónico de los que querían que se presentara Don Carlos en

Madrid, y que hubieran sido los primeros en aplaudirle, si el éxito hubiese coronado sus esfuerzos, aunque era conocido de los carlistas, pensaban firmemente que este apoyo no era bastante, y además, no se creían garantidos de que en un momento dado hubieran transigido y hecho causa común con los republicanos, como andando el tiempo aconteció. La idea también de que el ejército carlista sólo era fuerte en su territorio, se había hecho camino entre los españoles, y si bien no negamos que los carlistas vascongados preferían batirse en su natural terreno, en cambio, los de las otras provincias demostraron en la pasada y aun en la presente guerra, que sabían hacerlo en todas partes con la misma fe y el mismo entusiasmo.

Desde las famosas expediciones del Conde de Negri y Zaratiegui y las mucho más famosas de Cabrera y Gómez, no nos dejarán mentir respecto á la primera guerra civil, y aunque no se han formalizado éstas en la segunda, recordaremos las pequeñas correrías de Pérola á Búrgos y Calahorra, la del desgraciado Lozano y las que con más visos de expedición se proyectaron en el E. M. G. carlista y que debieron haber mandado don Nicolás Ollo, y luego Cervero ó Mogrovejo.

El esforzado caudillo navarro acarició por mucho tiempo, la idea de un golpe de mano sobre la capital de España. A su juicio, no era empresa que ofreciera grandes dificultades en 1873, porque sin fijarnos en más sino en que todo el ejército enemigo disponible se hallaba repartido entre las provincias del Norte, Cataluña, Aragón, Valencia y Cartagena, dicho se está que ninguna de sus unidades hubiera podido abandonar su misión para acudir á la defensa de Madrid. En cada una de las provincias citadas, harto hacía el ejército republicano en guarnecer plazas y puntos fortificados, y tener á raya á los carlistas en armas, de sus respectivos territorios. Limitándonos á las Vascongadas y Navarra, creemos no era tan descabellado el plan que se propuso el entonces Brigadier carlista Ollo. Decía, y decía bien, que para los veinte mil hombres á lo sumo que podía reunir en aquéllas el General en Jefe republicano, bastaban los 28 Batallones que podían quedarse en ellas, en esta forma: 8 vizcaínos, 6 guipuzcoanos, 5 alaveses, 4 navarros, 2 castellanos y 3 cántabros: los restantes, ó sean 3 castellanos é igual número de navarros, 2 escuadrones y 4 piezas de montaña, eran suficientes, según Ollo, para ponerse en algunas horas sobre Miranda de Ebro, detener un par de trenes y caer sobre Madrid, donde, repetimos no se hallaban más soldados que los restos de las tropas que operaban en las provincias, y algo había que dejar á la Providencia sobre el éxito.

Aun dado caso (seguimos exponiendo el plan de Ollo) que hubieran sido rechazados los carlistas, lo cual conceptuamos difícil, porque las clases todas conservadoras hubieran en aquellas circunstancias ahorrado á los carlistas la mitad del camino, cansados de los desórdenes federales, quedaba el recurso de allegar más fuerzas de Valencia ó de Castilla, y en último caso batallones navarros ó encartados.

Más visos de expedición que la de Ollo, tuvo la que

se organizó después y que debían acaudillar los Generales carlistas Cavero ó Mogrovejo en 1874 y 75. Entonces, la dificultad de los cartuchos se había subsanado en parte, pues á más de la mejor dotación de que disponían en aquella época los Batallones carlistas, aprovechando una oportuna combinación con el ejército del Centro, podrían reunidos caer sobre Madrid.

¿Y las que pudieron salir á raíz de la Batalla de Abárzuza, en que más pujante que nunca la moral del ejército carlista, veía retroceder ante sus formidables líneas de Monte Muro y Murugarrén las derrotadas huestes liberales, muerto el General de más prestigio entonces que podía conducirles á la victoria? Testigos presenciales de la retirada de aquellas tropas, nos refirieron que entraban en Tafalla las Baterías montadas de Artillería casi dispersas y sin protección de las otras armas, bien decididos sus Jefes y oficiales á defenderse á todo trance (y les hacemos la justicia de no ponerlo en duda) pero que á pesar de su sacrificio, no hubieran podido resistir el poderoso empuje de los Batallones que á las órdenes de los Generales carlistas Dorregaray, Cavero, Alvarez y tantos otros, se hubieran lanzado como una avalancha sobre ellos.

En la expedición que debieron comandar el valiente Cavero y luego el entendido Mogrovejo, se proyectó reunir á los 6 Batallones castellanos, las 6 piezas Withvort que dirigía con singular acierto el Comandante Reyero y los Capitanes Llorens y Ortigosa y llamar la atención del enemigo en el Centro y Cataluña, para que más desembarazados los carlistas se presentaran ante Madrid por varios puntos á la vez.

Otra pequeña expedición salió también del Norte en dirección á la frontera aragonesa, al mando de D. Antonio Lizárraga, y luego la del Coronel Barón de Sangarrén hacia las Cinco Villas, pero ni éstas ni las de Pérula, que hemos indicado, pasaron de simples correrías.

Ni unas ni otras lograron llevarse á cabo, con harto dolor de todos, y por causas que aun permanecen desconocidas; pero entre todas, es indudable para nosotros, que la proyectada por el malogrado General carlista Ollo, era la que más seguridades de lisonjero éxito pudo haber obtenido, por las razones que hemos expuesto, y más que nada por simbolizar la reacción de la idea monárquica contra los delirios demagógicos. Aprovechándose entonces los carlistas, del marasmo de los liberales de todos matices, quizás hubieran clavado la rueda de la fortuna entrando victoriosos en la capital de España. ¿Qué hubiera sucedido después? ¿qué hubieran hecho las fuerzas armadas? ¿qué hubiera hecho la nación ante semejante sorpresa? ¡Sólo Dios lo sabe!

Para nosotros, está fuera de toda duda, que el no llevarse á efecto las expediciones, dependió principalmente de la dificultad de municionar las fuerzas. En efecto, no había artículo más preciado para los carlistas que las municiones, á causa de la dificultad que había de fabricarlas ó adquirirlas. Y eso, que abierta la frontera para ellos, claro es que podían introducir, como así lo hacían, numerosos cajones de cartuchos;

pero en cambio, unos resultaban averiados, por proceder de guerras pasadas, otros estaban mal calibrados y otros había que recargarlos de nuevo, por carecer en absoluto de pólvora ó haberse convertido en polvorín. Esto consistía en que no eran reconocidos previamente, como hacía el gobierno de la Nación, por comisiones facultativas, y además, porque hacían tanta falta que no hubiera habido tiempo material para verificarlo. La importancia que el ejército carlista daba á las municiones era inmensa, y el mercado francés se hacía pagar á subido precio la mercancía, que, después de todo, no resultaba de recibo.

Los Generales carlistas daban la preferencia á los cartuchos metálicos del enemigo, por ser de primera calidad: no había destacamento ni plaza de que se amparasen, á quien no impusieran como ineludible condición, la entrega de municiones y armas. Los Comandantes Generales (especialmente los de Navarra y Guipúzcoa) establecieron talleres de recarga de los cartuchos que sembraba el enemigo en los campos de batalla. Recordamos que al día siguiente de la acción de Velabieta, el primer cuidado de Ollo fué enviar carretas custodiadas por algunas compañías á recorrer los montes donde se había librado la batalla, y al regresar aquellas pudimos ver, con gran contentamiento de todos, que llegaron á Berástegui cinco carros cargados de cartuchos vacíos, que sin detenerse siguieron á Riezu, donde fueron recargados sobre la marcha y devueltos á los batallones navarros después.

Dígase, si á pesar de la buena voluntad de todos, había medio de reemplazar en momentos dados los cientos de miles de cartuchos que consumían en pocas horas los fusiles á cargar por la recámara.

En apoyo de esto mismo, recordamos aún otro caso: en la primera acción de Somorrostro ganada á los liberales por el General en Jefe accidental Ollo, era tan escasa la dotación de cartuchos metálicos, que dió origen á que el previsor General consignara en la orden del ejército que se circuló días antes, que sería fusilado todo voluntario que desperdiciara sus cartuchos disparando á mayor distancia que diez metros, autorizando á los Jefes y oficiales, para que bajo su más estrecha responsabilidad cumplieran este riguroso precepto, ante la eventualidad de haber de cesar el fuego á la media hora de romperse.

Dígasenos ahora, repetimos, si con semejante falta de elementos, hubiera sido posible realizar expediciones, donde á la más pequeña contrariedad ó detención, ante cualquier insignificante tiroteo, se hubiera malogrado todo. Pues qué, ¿era posible acaso llegar á Madrid sin disparar un solo tiro, ó entrar en cualquier lugar cerrado con las puntas de las bayonetas?

Los ojalateros, los eternos peroradores de los cafés, los periodistas, en una palabra, veíanlo todo fácil y hacedero, aun los simpáticos á la causa, y criticaban la inercia de los carlistas, recordando la marcha victoriosa del insigne General D. Miguel Gómez (1) en la pri-

(1) De cuya renombrada expedición estamos haciendo un detenido estudio, que con el favor de Dios publicaremos en EL ESTANDARTE REAL.

mera guerra civil, sin tener en cuenta y sin rebajar un punto el mérito de su magnífica expedición, que los tiempos no eran los mismos, que entonces no había líneas férreas por donde pudieran venir los enemigos y concentrarse en breve espacio, y sobre todo, las municiones que se consumían se reemplazaban por la noche, convirtiendo en parques los alojamientos y en obreros á los mismos voluntarios, que se hacía cada uno sus cartuchos con la misma facilidad que se los construyen hoy los menos idóneos cazadores.

Además de cuanto hemos expuesto, creemos que el

error de unos y otros combatientes, ha consistido siempre en buscar analogías y semejanzas entre las guerras, pues ni la que comenzó en 1834 se parecía en nada á la del 72 ni los medios de entonces se asemejaban á los de ahora.

Antes de concluir, hablaremos de otra expedición de que se trató en los tiempos en que el General carlista Dorregaray dirigía el ejército del Centro. Muchas veces había éste dicho, que en la imposibilidad de verificar desembarcos en las costas de Tarragona y Valencia, contaba con recursos suficientes para pagar los



Don Domingo Masachs.

fusiles y cartuchos que de las provincias se le proporcionaran. En efecto, dióse el triste caso en las comarcas de su mando, de tener que despedir de sus filas á multitud de voluntarios, para evitar el gasto de raciones á muchedumbres desarmadas, que en vez de ayudar, complicaban las operaciones, siendo á la vez las primeras víctimas, como aconteció en Oroquieta. Pues bien, en el Norte se pensó seriamente en ayudar al Centro, concentrando todo el ganado disponible, aun el de la artillería, para que custodiado por dos ó tres Batallones pasaran el Ebro y entrando por Aragón (en previa combinación con la División Gamundi) entregara su preciada carga á los aragoneses y valencianos, nombrándose al General que debía conducir el convoy, que lo fué el arrojado D. José Pérula. Los acon-

tecimientos que por aquellos días se desarrollaban en el Norte, impidieron el desprenderse del ganado referido, por ser precisamente la época en que la artillería carlista se hallaba defendiendo la costa cantábrica y sobre todo la línea del Carrascal.

Hé aquí todos los proyectos concebidos por los carlistas, y las razones que hicieron no pasaran de serlo estas expediciones, y no el figurarse que la inercia, el abandono ó la rutina detenían aquellos aguerridos Batallones en las cuatro provincias, cuando en la mente de todos estaba proscrito el sistema de líneas atrincheradas, que al fin y al cabo debían agotar los recursos de aquellas, relajando en la inacción la moral del soldado, y por tanto á nadie se le escondía que si había de sostenerse la guerra en condiciones de vitali-

dad, el ejército carlista debía romper la barrera del Ebro y buscar partidarios y mantenimientos fuera de las ya empobrecidas provincias hermanas.

ANTONIO BREA.

## PRIMERA ENTRADA

DE DOÑA MARGARITA EN ESPAÑA

**M**UÉVENOS á hacer esta narración, el deseo de fijar verídicamente un hecho histórico que más de una vez hemos oído relatar de una manera errónea.

En Tolosa, en la tarde del día 7 de Junio de 1874, Don Carlos VII salió en dirección á Betelú, acompañado de sus ayudantes de órdenes los Sres de Orbe y de Suelves.

Hallábase el Rey sumamente preocupado, porque conocía los proyectos de Concha de dar un formidable ataque á las posiciones de Estella, y aunque el Rey tenía absoluta confianza en la pericia de sus generales y en la bravura de sus voluntarios, con todo comprendía que aquella batalla podía ser decisiva para su leal ejército.

El Rey, que de ordinario era expansivo y jovial con



El Marqués de Cerralbo en Estella.—Responso en sufragio de los generales fusilados por Maroto.

sus ayudantes, en aquellos pocos momentos que le dejaban libre sus múltiples ocupaciones, mostrábase taciturno. Una idea tan sólo le preocupaba, y era la de acumular más y más fuerzas en Estella, á pesar de que el General en Jefe Dorregaray le asegurase que tenía tropas suficientes á sus órdenes para rechazar al enemigo. A pesar de tantas seguridades, el Rey reunió una brigada de 4 batallones que ocupó el monte Eraúl, abandonado, y que indudablemente decidió el éxito de la acción en favor de las armas carlistas, pues aunque Concha no hubiera muerto, no le habría sido posible forzar la línea, pudiéndose decir que, moralmente, el Rey ganó la batalla de Abárzuza, sin que esto disminuya en lo más mínimo lo acertado de las disposiciones del General en Jefe, ni el movimiento llevado

á cabo por el General Mendiry, que causó el asombro del enemigo, por ser uno de los más difíciles y complicados que pueden darse en táctica superior.

Largo rato permaneció el Rey sin desplegar los labios, cuando de pronto, dirigiéndose á sus ayudantes de órdenes, les dijo tristemente: «Pasado mañana son »los días de la Reina, y ella, que tantos deseos tenía »de venir á España, tendrá que permanecer lejos de »este heroico país. ¡Si le escribiese yo para venir, qué »alegre se pondría!»

Los oficiales que le acompañaban, con más corazón que cabeza, dejándose llevar más por el sentimiento que por la razón de Estado, animaron ambos á la vez al Rey para que llevase á cabo aquella idea. El Rey pareció dejarse convencer, pero repentinamente cambió

de tono y, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo «no puede ser», si bien dió orden de regresar á escape á Tolosa.

Sin dar tiempo á sus oficiales para reponerse de la sorpresa que aquel regreso precipitado les había causado, ordenó que se presentaran en el acto á su presencia el Excmo. Sr. General, Jefe del cuarto militar, Duque de la Roca, llamando también á los pocos instantes á los Sres. Conde del Pinar y General Planas, Secretarios de Estado y de la Guerra.

Serían las nueve y media de la noche del día 7, cuando el Jefe militar llamó á los ayudantes Orbe y Suelves, dándoles la orden en nombre del Rey de marchar inmediatamente á Francia, y de tomar todas las medidas necesarias para que la Reina entrase en España el día de Santa Margarita.

Mientras se ensillaban los caballos, los citados ayudantes se presentaron al Ministro de la Guerra, quien les entregó un *pase* tan amplio como jamás se dió otro durante la campaña. Por él podían requerir del General en Jefe todo género de recursos y toda la fuerza armada que pudiesen necesitar.

A las once de la noche salieron los ayudantes Orbe y Suelves, de Tolosa en dirección á Andoain, donde se hallaba el Cuartel general de Guipúzcoa.

El General Cevallos les recibió con aquella bondad y galantería que tanto le distinguía y bajo la cual no era difícil descubrir al brillante y aristocrático Guardia de Corps de otros tiempos. Requirieron de su autoridad un confidente práctico del terreno, y el General Cevallos, comprendiendo que se trataba de una misión urgente y delicada, sin hacer la menor pregunta, mandó llamar al jefe de los confidentes, apodado *La liebre*, diciéndole: «Desde este momento queda V. á las órdenes de los ayudantes de S. M.»

Una vez montados, uno de estos dijo al confidente: «A Vera, por el camino más corto, por peligroso que sea». «Está bien, señor» contestó el fiel guipuzcoano.

Tan sólo descansando una hora en Oyarzún y recorriendo los puntos avanzados sobre Hernani, San Sebastián é Irún llegaron á Vera á las 5 de la tarde, en cuyo punto trocaron sus uniformes por trajes de paisano. Ya dispuestos á continuar á pie hacia Francia, por no poder seguir á causa de la fatiga los caballos, ni los ordenanzas, un ayudante del Brigadier Jover puso afortunadamente á disposición de los señores Orbe y Suelves nuevos caballos y nuevos ordenanzas con los que pudieron llegar hasta la misma frontera, desde cuyo punto no tuvieron otro recurso que continuar á pie hasta San Juan de Luz, en donde extenuados de fatiga les ofreció espléndida hospitalidad D. Tirso de Olazábal, conde de Arbeláiz, mientras llegaba la hora de tomar el tren que les condujo á Bayona.

El Sr. de Orbe, como de mayor graduación, decidió que el Sr. de Suelves marchase á Pau á ponerse á las órdenes de la Reina, mientras él quedaría en Bayona preparando carruajes y tomando las medidas necesarias para que la Reina pudiese efectuar su entrada burlando la vigilancia de la policía francesa.

La Reina debía tomar el primer tren que saldría de Pau al amanecer del día 10, y en la estación anterior á Bayona le aguardaría el carruaje que debía conducirla á Dancharinea.

Con estas instrucciones marchó Suelves á Pau el día 9, encontrándose á su llegada con que S. M. la Reina se había ausentado hasta el anochecer con objeto de visitar unos heridos que se hallaban en un *chateau* algo distante de Pau.

Si bien Suelves quiso dirigirse en seguida á donde se hallaba la Reina, el gentil-hombre D. Luís de Vives, Conde de Almenara, le hizo observar que nada adelantaría y que conceptuaba mejor aguardar el regreso, en lo cual tuvo sobrada razón, pues, contra lo que se esperaba, la Reina regresó á Pau más pronto de lo que había pensado.

Presentóse Suelves á la Reina y aún no había concluído de decir: «Tengo que comunicar á V. M. una orden reservada del Rey....» cuando la Reina exclamó, llena de entusiasmo y ansiedad: «¡Traes la orden de que vaya á España!...» y, «¡Sí, señoral», pudo apenas decir el ayudante del Rey.

Lo que en aquel momento pasó no es para escrito. La Reina lloraba de alegría, y no se cansaba de repetir: «¡Al fin veré á España, á Carlos, á nuestros voluntarios, que tan sólo he visto aún llenos de heridas, que no siempre me ha sido dado curar.» «Podré ver, decía, y aún mejor organizar, si es posible, mis ambulancias.»

Hacía la Reina mil proyectos, y acudían á su imaginación peregrinas ideas, hasta que al fin, rendida por el peso de tal emoción, dirigiéndose al Conde de Almenara y á Suelves, les dijo: «Arreglad todo cuanto sea necesario, me acompaña la Condesa Teresa de Florez; poco equipaje, un traje negro y una amazona, y á tí, Almenara, te encargo de reunir todos los fondos disponibles para que me sea dado aliviar en lo más que pueda, los sufrimientos de nuestros fieles voluntarios.»

En el primer tren que al amanecer sale de Pau en dirección á Bayona, salieron la Reina, la Condesa de Florez, el Conde de Almenara y el ayudante señor de Suelves. Durante el viaje se discutió la manera de efectuar la entrada, para no llamar la atención de la policía, y se decidió que en uno de los coches tomaran asiento la Reina y la señorita de Florez y que este carruaje fuera el primero que entrara, pues de entrar en el segundo podía alarmarse la gendarmería francesa por el paso del primero.

Así se hizo, llegando á la frontera á las once y media de la mañana del día 10 de junio de 1874. La gendarmería francesa paró el coche, sin sospechar quiénes eran las señoras que lo ocupaban, y cinco minutos después atravesaba el carruaje el puente de Dancharinea, sin que los aduaneros carlistas opusieran el menor obstáculo; y ya en España, continuó la Reina su camino hasta la Tejería de Urdax.

Los ayudantes de órdenes habían observado á alguna distancia el paso del carruaje que conducía á la Reina, y no fué poca la ansiedad que experimentaron cuando

lo vieron pasar ante los gendarmes. A escape traspusieron el puerto francés, penetrando en España; pero ya los aduaneros carlistas les echaron el alto, sorprendidos de ver dos coches uno detrás de otro, tirados por cuatro caballos cada uno.

—¿Quiénes son esas señoras que van en ese coche que ha pasado?—preguntó el oficial de los aduaneros. Los ayudantes de órdenes, olvidándose de que no iban de uniforme, contestaron:—¿Qué le importa á usted? Pero comprendiendo en seguida que ya no había razón para hacer misterios, se dieron á conocer; y era de ver el asombro que le causó al oficial el saber que una de aquellas señoras era S. M. la Reina.

Doña Margarita descansó en la Tejería, para dar tiempo á que el oficial señor Parada fuera á comunicar la entrada de la Reina á la Diputación de Navarra, que se hallaba en Elizondo. Entre tanto recibió al veterano Coronel Sr. Iribarren, gobernador de Urdax, y á las autoridades del pueblo, y pronto se vió la Tejería invadida por una multitud de honrados campesinos que solicitaban el honor de besar la real mano.

La Reina no podía contener su emoción, y no cesaba de llorar abrazada á su dama de honor la Condesa de Florez, que tampoco podía contener su llanto, pues nacida en la emigración la hija del Conde de Florez, el fiel gentil-hombre de Carlos V, también pisaba por primera vez el suelo patrio.

La llegada á Elizondo fué entusiasta. A pesar del poco tiempo que las autoridades habían tenido para preparar un recibimiento regio, acudió toda la Diputación del reino en masa, el clero, el Ayuntamiento y una muchedumbre tan compacta como entusiasta.

Dirigióse la Reina á la iglesia parroquial, en donde se cantó un *Te-Deum*, siendo así la iglesia de Elizondo el primer templo en el cual oró en España la Reina Doña Margarita. Impaciente por reunirse con el Rey, continuó sin descansar su marcha en dirección á Santistéban, y á unos dos kilómetros de esta villa, á las seis de la tarde, le fué dado reunirse con Carlos VII, que acompañado de su Estado-Mayor, el escuadrón de Guardias y el batallón Guías del Rey había salido á recibirla.

Sabido de todos es el entusiasmo que causó la entrada de la Reina, en España, que tuvo lugar el 10 de junio de 1874 á las siete y media de la mañana, acompañada de la señora Condesa de Florez (hoy Condesa de Marichalar) y de los ayudantes de órdenes del Rey los señores de Orbe y de Suelves, los cuales recibieron la misión de preparar y llevar á cabo, bajo su responsabilidad, la feliz entrada de S. M. la Reina en España.

El Rey felicitó á sus ayudantes, y sonriendo les dijo: «Os felicito por lo bien que habéis desempeñado la misión que os encargué. No os doy por ello ninguna gracia, pues si no triunfo, me seguiréis en la adversidad; y si triunfo, vuestra lealtad os abrirá camino.» Pero á pesar de las anteriores palabras, el Rey llevó su generosidad hasta el extremo de ascender al empleo inmediato á sus dos ayudantes de órdenes.

EL MARQUÉS DE TAMARIT.

## DOCUMENTOS DE LA GUERRA

PARTE OFICIAL DE LA TOMA DE VICH

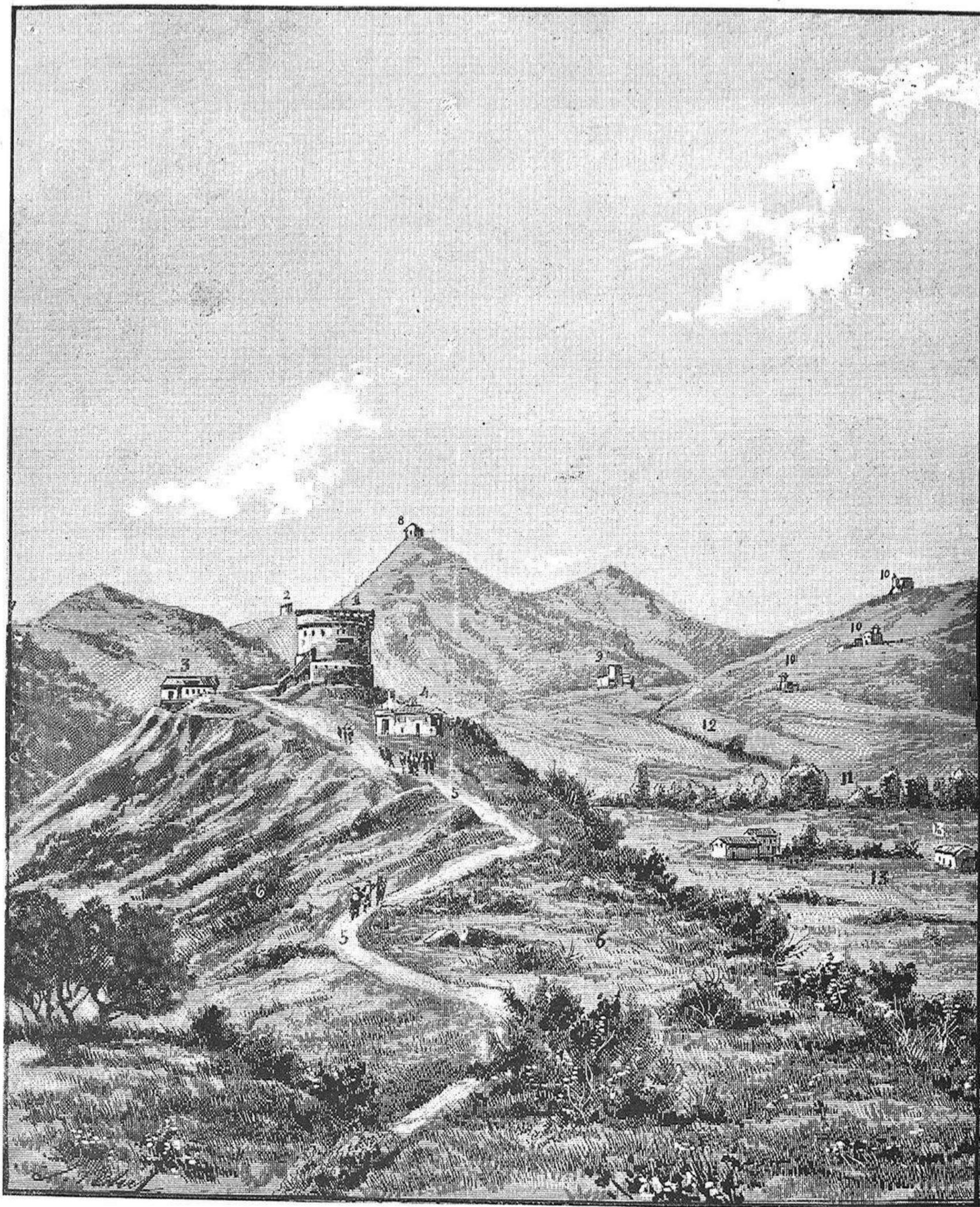
*Ejército Real de Cataluña.—Comandancia general de las provincias de Lérida y Tarragona.*

SERENÍSIMO SEÑOR:

**D**ESEOSO de corresponder á la augusta confianza con que ha tenido V. A. R. la dignación de honrarme delegando en mi humilde persona, durante su ausencia, la elevada y difícil autoridad del mando superior del Ejército de este Principado, y con el objeto de llamar la atención de las fuerzas facciosas que recorren estas provincias, esquivando por su impotencia todo combate con las tropas reales, sin querer aceptarlo nunca por más que se lo presenten y brinden éstas; dirigíme el día 3 de los corrientes hacia la ciudad de Manresa con una columna de 2.000 infantes y 50 caballos, aparentando preparar el ataque de dicha plaza, no sin haber calculado antes y comprendido bien que por su género de fortificación y demás circunstancias, era poco menos que imposible rendirla sin artillería, motivo por lo cual, viendo que el enemigo no quiso darse por entendido, haciendo de consiguiente irrealizable mi proyecto, que no era otro que el de batirle de paso, dándole una dura lección; dispuse no cambiar un solo tiro y continuar mi plan general, cuyo fin era el ataque y rendición de la importantísima ciudad de Vich.

En efecto; dirigíme á Prats de Llussanés, en donde aumenté con una pieza de artillería de montaña el antes mencionado contingente de mis fuerzas que lo constituían el primer batallón de Lérida, 1.º y 2.º de Tarragona, 1.º 3.º y 5.º de Barcelona, el batallón de zuavos y dos secciones de caballería, pertenecientes á la escolta de V. A. R. y el escuadrón de Barcelona. Salí de la referida villa á las dos de la tarde del día 8 del actual, hallándome á las ocho de la noche á una hora de Vich, desde donde ordené el ataque del modo siguiente; el señor Comandante D. José Querol, con cuatro compañías de guías, formaba la derecha; el Coronel D. Martín Miret, con el tercer batallón de Barcelona y dos compañías del 2.º de Tarragona, formaba el centro; y D. José Galcerán, con el 5.º de Tarragona y las restantes cuatro compañías del 2.º de Tarragona, constituían la izquierda. El primer batallón de Lérida, el 1.º de Tarragona, el 1.º de Barcelona, el batallón de zuavos, 50 caballos y la pieza de artillería, quedaron de reserva bajo mi inmediato mando, habiendo secundado con la citada reserva el ataque general, al darse el asalto que se verificó en la misma noche del día 8 al sonar las nueve en el reloj de la ciudad.

Al momento de haber penetrado dentro de la población, establecí en ella mi Cuartel General, escogiendo al efecto un punto estratégico y céntrico que me facilitaba la puntual comunicación con todas las demás fuerzas, cuya dirección no abandoné un momento durante las arriesgadas y difícilísimas operacio-



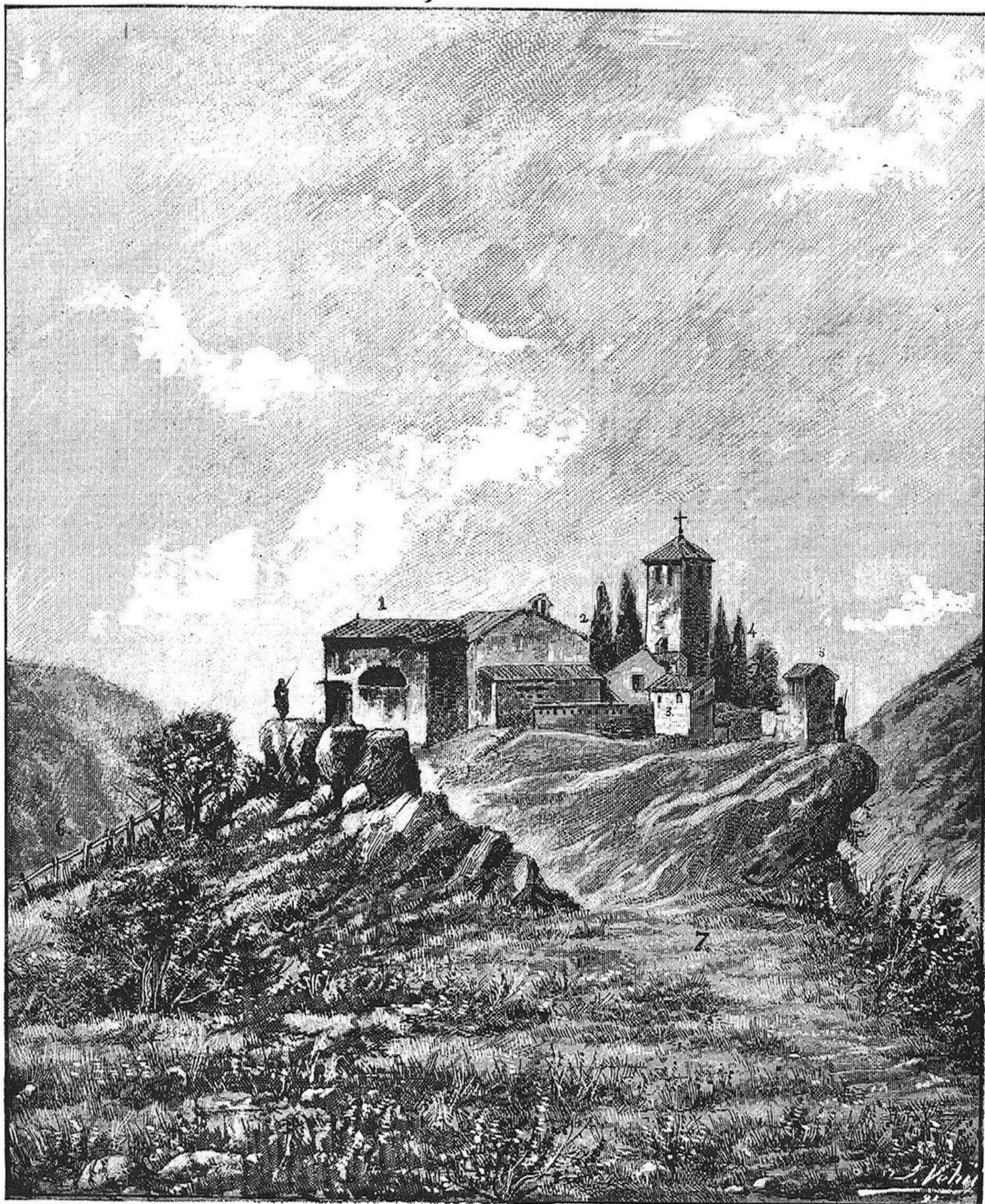
GERONA.—OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT.—FUERTE DEL MONTE OLIVETE.—1. Torre artillada con cañones Krupp.—2. Faro para iluminación en caso de ataque durante la noche.—3. Blockaus avanzado.—4. Cocinas.—5. Camino de Olot.—6. Monte.—7. Posiciones de la Piña tomadas á los carlistas el 18 de Marzo de 1875.—8. Ermita de San Julián.—9. y 10. Baterías y campamento de los carlistas en los primeros días de ocupación.—12. Camino de Ridaura.—13. Valle de Olot.





ESCOLTA DE PRISIONEROS LIBERALES, CUADRO DE R. BALACA.





GERONA.—OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT.—ERMITA DE SAN FRANCÉS FORTIFICADA.—1- Rectoría: cuartel para una compañía y habitación del Jefe.—2. Iglesia y torre.—3. Otro cuartel.—4.—Cementerio.—5. Ermita de la Virgen; puesto avanzado durante el día.—6. Camino de Olot.—7. Camino de la montaña.

nes que á cada paso se iban sucediendo á medida que el enemigo, defendiéndose con temeridad y no pudiendo resistir el denodado ataque de nuestras tropas, se iba replegando hasta verse reducido en los últimos recintos, que fueron para él la postrera esperanza de su inútil esfuerzo.

La resistencia que hallamos, Serentísimo Señor; fué tenaz y obcecada; palmo á palmo y hasta la última trinchera luchó el enemigo, más que con valor, con heroísmo digno de mejor causa; y podrá V. A. R. juzgar de la convicción y bizarría con que se batieron los dignos campeones de la legitimidad, al participarle, después de todo eso, que la muralla exterior de Vich tenía 5 metros de altura, con dobles aspilleras, tambores y baluartes, y la interior de una solidez y construcción admirables, obra toda de mampostería romana, y erizadas de barricadas todas las calles y fortificados los principales edificios, todo ello defendido con frenesí por una numerosa guarnición compuesta del 2.º Batallón del regimiento de Navarra, cuatro compañías de republicanos, 1.000 hombres de milicia ciudadana, dos cañones Krupp de artillería montada y 150 caballos; ¡un sueño parece, Serentísimo Señor, lo ocurrido! A las treintiséis horas de un horroroso fuego y lucha encarnizada, estaba ya todo en poder de las tropas reales. Tan súbita y precoz rendición de una plaza en tales condiciones y circunstancias tales, más que el valor y conocimientos militares de los hombres, es de admirar la milagrosa protección que visiblemente está dispensando cada día con más claridad la Providencia Divina á su santa causa, que no puede perder nunca.

Nuestras bajas consisten en 10 muertos y 30 heridos; el enemigo ha tenido dentro de la ciudad 70 muertos y 123 heridos, habiendo quedado en mi poder toda la guarnición excepto unos 300 hombres que, logrando escapar, huyeron vergonzosamente no sin haber pagado cara su atrevida cobardía; pues habiéndose encontrado, mientras huían, con fuerzas del 2.º batallón de Gerona, fueron acuchillados de manera que quedaron sobre el campo muertos, heridos y prisioneros la mayoría de aquellos infelices, según parte oficial que acaba de remitirme el segundo jefe de dicho batallón, D. Ramon Vila y Colomer.

El riquísimo botín que se ha recogido es invaluable: basta que sepa V. A. R. que la ciudad de Vich era centro de operaciones de las columnas republicanas y depósito de armas, vestuario, utensilios, equipo y toda clase de pertrechos de guerra, para que pueda formar un concepto aproximado de las incalculables ventajas materiales que la rendición de dicha plaza ha reportado á la causa de S. M. el Rey (q. d. g.); siendo todavía mayor, si cabe, el resultado moral que este acontecimiento ha producido en el país y producirá indudablemente en toda España y en el extranjero, pues semejantes hechos demuestran por sí solos hasta la evidencia que los ejércitos que los emprenden y realizan son dignos cuando menos de que se les considere como regulares y organizados y con derecho á pedir satisfacción á todo el que les califique de insig-

nificantes partidas de aventureros, como hacen injustamente ciertos periódicos que no son españoles que, aun estando bien convencidos de lo que significa en España el alzamiento legitimista, se empeñan en desfigurar á la faz de toda Europa la verdad, siguiendo semejante conducta solamente por el mezquino rencor que á nuestros santos principios tienen é impelidos por la falacia y por la maquinación de los bandos liberales españoles que cada día más indignamente están mintiendo su propia conciencia ante los ojos del mundo civilizado.

Dispense, Serentísimo Señor, esta corta digresión, hija tan sólo de mi amor á la verdad y á la justicia; y permítame V. A. R. que termine manifestándole que todos, absolutamente todos los jefes, oficiales y soldados que han tomado parte en tan gloriosa acción, se han conducido como valientes y como buenos y dignos defensores de la Causa, cuyos lemas con la ayuda de Dios, se ostentarán bien pronto en la cúspide del trono de San Fernando, mereciendo especial recomendación los coroneles y jefes de batallón señores Miret, Tristany (D. Francisco de Astís), Galcerán, Cerdá, Moore y Querol, que se han distinguido secundando mis disposiciones, tanto por su valor como por su buena dirección.

Dios guarde á V. A. R. muchos años.—Cuartel General de Vich 11 de Enero de 1874.—Serentísimo Señor.—El General en Jefe interino, RAFAEL TRISTANY. Serentísimo Señor Infante de España, General en Jefe de los Reales Ejércitos de Cataluña, Valencia y Murcia.

## EL FERROCARRIL CARLISTA

SIEMPRE fué España el país proverbial de los héroes; el levantamiento del 2 de Mayo, desafiando el poder de Napoleón I, ha sido calificado recientemente de *calaverada gloriosa*, definición muy exacta en estos tiempos de miseria y egoísmo, en que se atiende solamente á la comodidad y bienestar del individuo, y es calificado de Quijote todo el que conserva un resto de vergüenza.

En el ejército carlista se llamaban *carlistadas* aquellas empresas que no se amoldaban á las reglas tácticas y en que se veían noventa y nueve probabilidades de perder y una sola de triunfar. La táctica se escribe generalmente para ejércitos forzosos que se contentan y satisfacen cumpliendo su obligación; los ejércitos voluntarios y entusiastas obedecen la ciencia militar como muy conveniente que es, pero cuando les estorba, fácilmente se desprenden de ella, cometiendo *carlistadas* gloriosas.

Una de tantas nos proveyó de locomotoras para habilitar el tren que admirablemente facilitó nuestras operaciones militares, acudiendo con rapidez allí donde cargara el grueso del enemigo.

Las locomotoras estaban en la estación de Pamplona, al abrigo de las fortalezas, siendo muy difícil, si no imposible, apoderarse de ellas.

No hay duda que en el carácter carlista hay mucho de aquel génio que animaba á los grandes conquistadores. A medida que crece el peligro y se multiplican los obstáculos, auméntase la obstinación, y diremos la terquedad de nuestros guerrilleros, que miden la gloria del triunfo por la longitud de las dificultades.

Mandaba la línea de Pamplona el Coronel D. Leonardo Garrido.

Dotado de los conocimientos que prestan 30 años de servicios, había sido destinado al frente de la plaza más importante de Navarra.

Un día ofreció al general Pérula sacar alguna máquina de la estación, y después de haber adquirido veinte yuntas de bueyes que pidió á los pueblos con el objeto aparente de trasladar unos cañones al otro lado de las posiciones, escogió una noche nebulosa y fría, parapetó las fuerzas á sus órdenes en sitios convenientes y.... dejemos al protagonista narrar el hecho cuya sencillez y laconismo realza más la operación:

«Ya en la estación, apresé dos guardas y les hice desocupar las calderas, aligerando así su peso; se recompusieron algunos desperfectos; en esta ocupación se apercibieron los centinelas de la plaza; cundió la voz de alarma en las murallas y empezó el fuego de cañón; ante perspectiva tan tranquilizadora engancháronse las veinte yuntas, saliendo la máquina del depósito; pero quedaba otra, y apremiando los momentos, mandé á dos compañías que se terciasen el arma á la espalda y tirasen de la segunda, que salió al grito de ¡Viva el Rey! y saludada por las salvas de la artillería liberal y los vítores de las fuerzas carlistas.»

Las fuerzas que tomaron parte en este hecho memorable, colocadas en posición, pero sin entrar en fuego, fueron: el 8.º Batallón de Navarra, que mandaba Garrido, un Batallón valenciano, un Escuadrón del Regimiento del Rey y una Batería.

Mediante esta *carlistada* tuvimos trenes que conducían las fuerzas á los extremos de nuestras líneas, acudiendo á tiempo y descansadas á los amagos que intentaba el enemigo, trasladándose rápidamente desde las posiciones de Guipúzcoa á la Barranca para auxiliar á Estella, siguiendo á Salvatierra si habían de operar en Alava, ó bien dirigiéndose á Zumárraga y Durango en dirección á Vizcaya.

Una vez le preguntamos á Garrido:—¿Cómo hizo V. esa locura? y nos contestó:

«El Comandante García era extremeño como yo, y asaltó la Seo de Urgel; yo no quería quedar á los pies de mi paisano.»

CARLOS CRUZ RODRÍGUEZ

## ROMANCE<sup>(1)</sup>

AL AUTOR DE «AMAYA Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII»

D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

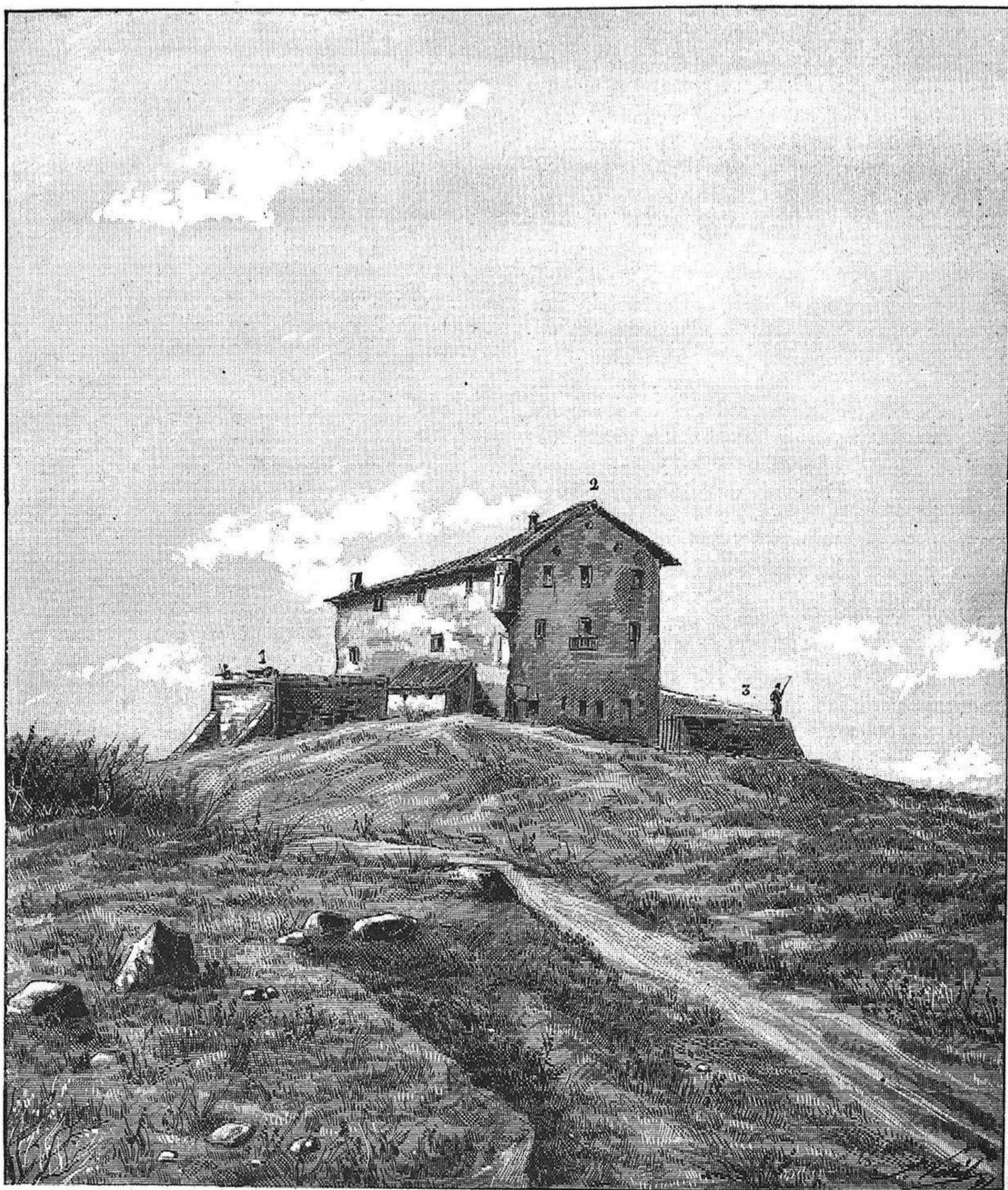
I

LA IGLESIA

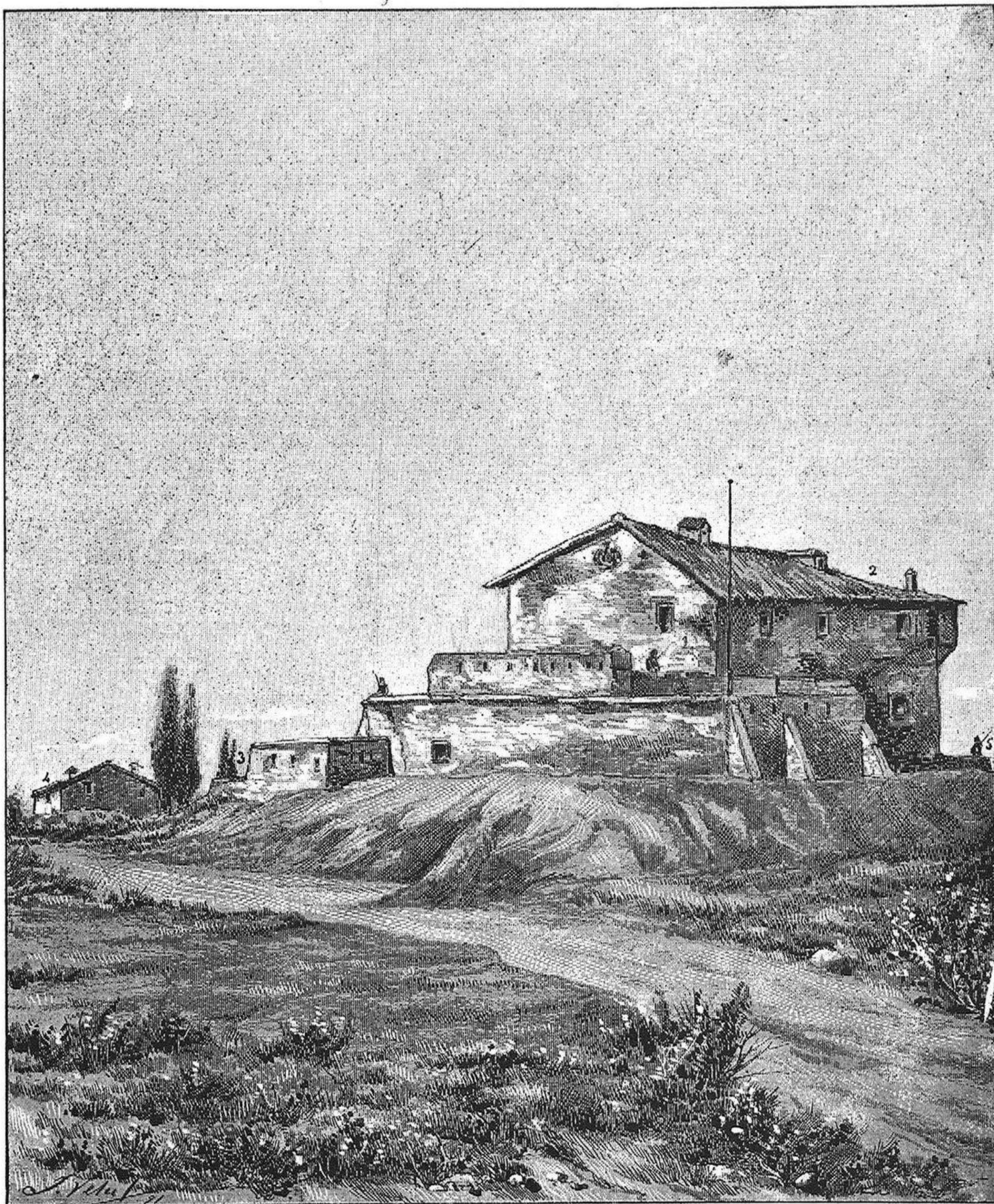
Tiene el reino de Navarra  
Un rico y suntuoso templo  
Que para sus nobles hijos  
Conserva gratos recuerdos.  
Está asentado en la cumbre  
Del Aralar, que soberbio  
Su altiva cresta levanta  
Hasta cerca de los cielos.  
Allí á San Miguel de Excelsis  
Ruegan los navarros fieros;  
Que el templo está dedicado  
A aquel celeste guerrero.  
Al que en singular combate,  
Luchó con santo denuedo  
Contra Luzbel y las huestes  
Que á la rebelión siguieron.  
Aquel que el Señor envía  
Por delegado á sus pueblos  
Cuando noticiarles quiere  
Extraordinarios sucesos.  
Aquel cuyo nombre dice:  
*¡Quién como Dios!* Mensajero  
Que los espíritus lleva  
Al Juez de vivos y muertos.  
Justo es, sí, que los navarros,  
Que son creyentes sinceros,  
Ante San Miguel de Excelsis  
Dirijan á Dios sus ruegos;  
Que al Príncipe de las huestes  
Que sirven al Sér Supremo,  
De larga fecha conocen  
En aquel hermoso suelo.

Empezaba el siglo octavo,  
Aquel siglo tan funesto  
Para la tierra infelice  
Que holló el musulmán artero,  
Cuando en la agreste montaña  
Dó se asienta al monasterio  
Ocurrió lo que no olvidan  
Niños, jóvenes ni viejos.  
De entonces data la iglesia  
Que tiene en la cumbre asiento,  
Pues los cristianos vascones  
Nunca á Dios ingratos fueron.  
Cubre la iglesia una cueva  
Que formó algún hundimiento  
De las rocas, y que entonces  
Tapaba un zarzal espeso.  
Penetrando ya en la gruta  
Se descubría al momento  
La abertura de una sima  
Que desde lejanos tiempos  
Creía el vulgo habitada  
Por un dragón del infierno.

(1) Premiado con pluma de oro en el Certámen conmemorativo del XIV aniversario de la Jura de los fueros.



GERONA.—OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT.—CASA DE COSTA (VISTA DE FRENTE).—1. Batería.—2. Casa cuartel.—3. Defensas de la salida.



GERONA.—OBRAS DE DEFENSA ALREDEDOR DE OLOT.—CASA DE COSTA FORTIFICADA.—1. Bateria Plasencia.—2. Casa de Costa al extremo Norte.—3. Camino cubierto y trinchera.—4. Casa para plaza de armas, lista de guarnición, etc.—5. Parapeto enfrente del camino de Olot.

De aquí, que no había nadie  
 De tan esforzado pecho  
 Que al pozo aquel descendiera  
 A descubrir sus misterios;  
 Que si los nobles navarros  
 Eran en la lid resueltos  
 Y en las luchas con los hombres  
 No conocían el miedo,  
 Aquel dragón nunca visto  
 Les infundía respeto.  
 Es verdad que por entonces  
 Era la peña un desierto  
 Constantemente habitado  
 Por alimañas sin cuento;  
 Y aunque no había noticia  
 De ningún rasgo concreto,  
 De alguien que la abrupta sima  
 Hubiese visto por dentro,  
 De aquel dragón la existencia  
 Todos la daban por cierto.

## II

## TEODOSIO DE GOÑI

Era Teodosio de Goñi  
 Un montañés arrogante,  
 Que al frente de los navarros  
 En sucesivos combates  
 Probó el temple de su alma  
 Y las dotes militares  
 Que para ser su caudillo  
 Los cielos quisieron darle.  
 Joven aún, pues frisaba  
 En las treinta navidades,  
 Peleando con los godos  
 Supo de gloria llenarse.  
 Reunía en sí Jaun Teodosio  
 Tan distintas cualidades,  
 Que tan pronto aparecía  
 Pígameo como gigante.  
 Algunas veces pensaba  
 Cual piensan las almas grandes,  
 Y otras veces sus ideas  
 Eran de las más vulgares.  
 En su corazón luchaban  
 Como en revuelto oleaje,  
 Por una parte grandezas  
 Y por otra mezquindades.  
 Ora en su mente trazaba  
 Los más ambiciosos planes;  
 Ora se mostraba humilde,  
 Y respetuoso, y afable.  
 Era Jaun Teodosio noble  
 Como eran nobles sus padres;  
 Mas su ambición desmedida  
 Rebajaba su carácter;  
 Que del afán de grandezas  
 También pequeñeces nacen,  
 Cuando aquel, en vez de freno,  
 Tiene un soberbio acicate.

Iba acercándose el día  
 Anunciado siglos antes  
 En que todos los euskaros  
 La Cruz de Cristo adorasen:  
 Iban al fin á cumplirse

De Aitor las sagradas frases,  
 Y era de ley que en Navarra  
 Un trono vieran alzarse.  
 ¿Quién empujaría el cetro?  
 ¿Quién sería el personaje  
 Que aquella regia corona  
 En su cabeza asentase?  
 ¿Quién el primer rey sería  
 De los vascos indomables?  
 El nombre de Jaun Teodosio  
 Se oía por todas partes;  
 Mas antes de que al de Goñi  
 Como á su Rey le aclamasen,  
 A la hija de Aitor debía  
 Hacer su esposa el magnate.  
 No estaba el joven guerrero  
 De estas cosas ignorante,  
 Que por escalar el trono  
 Eran todos sus afanes;  
 Mas veía ciertas sombras,  
 Ciertas nebulosidades,  
 Que de su estrella ocultaban  
 Los resplandores brillantes.  
 Veía alzarse á su lado  
 Un guerrero formidable,  
 Prudente, sabio, resuelto  
 Y de distinguida clase.  
 Era García Jimenez,  
 El señor de los lugares  
 De Abárzuza y las Amezcuas,  
 Hijo de Jimeno el Grande;  
 Y aunque á Teodosio le amaba  
 Como no le amaba nadie,  
 Y solo verle en el trono  
 Era su sueño constante,  
 Teodosio vió con envidia  
 Que García se lanzase  
 A luchar contra los godos  
 Y que saliera triunfante.  
 Vió que mientras él corría  
 Las montañas y los valles  
 En busca de aquella hermosa  
 Tan necesaria á sus planes,  
 García, aquel noble euskaro,  
 Aquel virtuoso estudiante,  
 Sabía seguir las huellas  
 Que le trazara su padre.  
 Esto unido á que en Iruña  
 Una goda se llamase  
 Hija de Aitor, y que el nombre  
 De Amaya supieron darle,  
 A Jaun Teodosio de Goñi  
 Preocupaba bastante;  
 Que de una parte García,  
 Y Amaya de la otra parte,  
 Pudieran en cualquier hora  
 Echar abajo sus planes.

## III

## EL PENITENTE

La gente del pueblo dice  
 Que de Aralar en la gruta  
 Se ve un terrible fantasma  
 Que á los aldeanos asusta.  
 Algo de cierto hay en ello,

Pues en la caverna oscura  
 Vive un pobre anacoreta  
 Que hace penitencia ruda.  
 Flaco, demacrado, débil,  
 Casi ni tiene figura  
 De sér humano, y por eso  
 Como á fantasma le apuntan.  
 Su extenuado cuerpo envuelve  
 Un sayal de tela burda,  
 Y arrastra fuerte cadena  
 Que sus miembros descoyunta  
 Mantiénese de raíces,  
 Sin que use del fuego nunca,  
 Y de su ascética vida  
 Descansa en la tierra dura.  
 Horrible fué su pecado,  
 Y horriblemente lo purga,  
 Pensando constantemente  
 En lavar su horrenda culpa.

¿Quién dijera que aquel mísero  
 Que en una cueva se oculta  
 Es Jaun Teodosio de Gofñi,  
 El arrogante euskalduna?  
 ¿Quién dijera que sus sueños  
 De ambiciones y de luchas  
 Fueran así á sepultarse  
 En aquella sima oscura?  
 Bien pagaba el joven vasco  
 Sus ensueños de fortuna;  
 Que en vez de cetro y corona  
 Fuerte cilicio le abrumba.  
 ¿Qué se hizo de aquel carácter  
 Que no admitía repulsas?  
 ¿Qué fué de su envidia loca?  
 ¿Qué de su soberbia absurda?  
 Nada existe ya en Teodosio  
 De su genio y su figura;  
 Tan sólo en salvar su alma  
 Días y noches ocupa.  
 Aquella alma que el demonio  
 Ya consideraba suya,  
 Desde que el vasco á sus padres  
 Les abrió la sepultura;  
 Aquella alma que los celos  
 Llenaron de densa bruma  
 Y dió crédito á la falsa  
 Sugestión de la calumnia.  
 Venganza clamaba el joven  
 Cual si esta no fuera injusta  
 Y un pecado tan horrible  
 Que Dios no tolera nunca.  
 Creyendo quitar la vida  
 A la que creía adúltera,  
 En sus desgraciados padres  
 El arma cruel sepulta.  
 Horrorizado Teodosio  
 Corre del perdón en busca,  
 Y allí, en la Ciudad Eterna,  
 Al Padre Santo consulta.  
 Por eso se ve al mancebo  
 Habitar la cueva abrupta,  
 Huyendo del pueblo vano,  
 Al que ha llenado de angustia.

## IV

## LOS ÁRABES

Como terrible avalancha  
 Que destroza cuanto encuentra  
 Y arranca como una arista  
 Los árboles y las peñas;  
 Cual desbordado torrente  
 Que inunda toda la tierra  
 Y en un momento destruye  
 Los muros con que tropieza;  
 Cual devastador incendio  
 Que torna todo en pavesas  
 Y en pos de sí va dejando  
 Llantos, ruinas y miserias;  
 Así de Tarik las huestes  
 A la lid se arrojan fieras,  
 Y rápidas como el rayo  
 La gótica España asuelan.  
 Para aquel mar tempestuoso  
 No hay murallas ni barreras;  
 Que aquel oleaje humano  
 No hay un dique que contenga.  
 Intúil es que los godos  
 Luchen con ruda fiereza;  
 Que no es posible salvarse  
 Donde la traición se asienta.  
 Y entre don Julián el conde,  
 Y entre Sisebuto y Ebbas,  
 Y don Oppas el obispo  
 Y otros de la misma cuerda;  
 Y entre tantos israelitas  
 Como con los godos medran  
 Y que á todo trance quieren  
 Hundir la cristiana enseña,  
 Han dispuesto que á los hijos  
 Del mal llamado Profeta,  
 De par en par se les abran  
 De España todas las puertas.

¡Qué infamial! ¡Qué cobardía!  
 ¡Qué insensatez! ¡Qué vergüenza!  
 La de aquellos desleales  
 Que á su misma madre entregan!  
 Pierden en cambio la vida  
 Por salvarla de la afrenta  
 Los que á su madre no quieren  
 Mirar deshonrada y presa.  
 Por eso queda en el campo  
 De los godos la nobleza,  
 Y entre ella, de vizcaínos  
 Una mesnada completa.  
 Que al ver que peligra España  
 Y que el trono bambolea  
 Y que á la Unidad Católica  
 Los alárabes asedian,  
 Corre García Jiménez,  
 El señor de las Amezcuas,  
 Y también el de Vizcaya,  
 El caballero de Andeca.  
 Y allí, junto al Guadalete,  
 En la sin ventura Bética,  
 Contra el árabe maldito  
 Con rudo valor pelean.  
 ¿Mas qué valen sus esfuerzos  
 Si en aquella lid sangrienta

las tropas del Rey Rodrigo  
 Quedan al punto deshechas?  
 ¿Qué importa que los leales  
 De su lealtad den pruebas  
 Si hay traidores que se pasan  
 A las huestes agarenas?  
 En breve la media luna  
 Al viento ondeará soberbia  
 En los alcázares regios  
 Y en las góticas iglesias.  
 En breve no habrá en España  
 Un rincón que nuestro sea;  
 Que esa irrupción es castigo  
 De la airada Providencia.  
 Pero no, que allá en Asturias  
 Alza Pelayo bandera,  
 Y en la invencible Vasconia  
 García á luchar se apresta.  
 Todavía la Cruz santa,  
 Del catolicismo emblema,  
 Ha de vengar los ultrajes  
 De la gente sarracena,  
 Aún laten los corazones  
 De los valientes atletas  
 Que por su Dios y su pueblo  
 Han de luchar con fiereza.  
 Que en las astures montañas  
 Y en las vascongadas sierras  
 Prefieren morir mil veces  
 A vivir entre cadenas.

(Concluirá.)

ENRIQUE DE OLEA.

## NUESTROS GRABADOS

### Prensa carlista española.

(Gran lámina suelta.)

El distinguido joven navarro y aventajado artista D. Ramón Velaz es el autor de tan preciosa mesa revuelta. Las cabeceras de los periódicos, dibujadas una por una, no pueden ser más exactas y el conjunto revela el gusto artístico del autor. Reciba éste nuestra felicitación, y los periódicos carlistas españoles el presente trabajo que les dedica su hermano EL ESTANDARTE REAL, como expresión del entrañable afecto que siente hacia ellos.

### D. Pedro Vidal.

(Pág. 193.)

Ingresó en el ejército carlista en Junio de 1873 siendo comandante. Tomó parte en las principales batallas que se libraron en el Norte, y al lado de su padre político el general Velasco pasó al Centro, desempeñando el cargo de Jefe de E. M.

Por especiales méritos contraídos en las acciones que se libraron en ese territorio y en el Norte más tarde, fué ascendido á Brigadier.

Las fuerzas que mandaba mientras estuvo en el Norte se componían de cántabros y asturianos.

El rey premió su lealtad en Francia, nombrándole general. Falleció en Lebrija (Sevilla) el 9 de Julio de 1887 á los 51 años de edad.

### D. Domingo Masachs.

(Pág. 196)

Nació en Mayans (Igualeda) el 18 de Enero de 1819. Tomó parte en la guerra de los siete años y en 1846 fué de los primeros en secundar el patriótico alzamiento iniciado por Borges, Tristany, Castells y Vilella. Su historia en la pasada campaña es muy conocida. El intrépido guerrillero asistió á casi todas las batallas importantes que se libraron en Cataluña, distinguiéndose siempre por su serenidad y por su valor.

El día 25 del mes pasado entregó su alma á Dios, sumiendo en amargo desconsuelo á sus numerosos amigos y compañeros de armas, muchos de los cuales acudieron á Villafranca á tributar el último homenaje al honrado coronel.

### Responso en sufragio de los generales fusilados por Maroto.

(Pág. 197)

Uno de los que figuran en el presente grabado, nuestro distinguido amigo, D. Juan V. de Mella, dice lo siguiente apropiado de aquel solemne acto:

«Al lado de la iglesia de Nuestra Señora del Puig se extiende un pequeño campo, teatro de aquella tragedia llevada á cabo por la intriga de Maroto.

Acompañados de varios señores sacerdotes, que cortésmente nos mostraron y explicaron el calvario de las víctimas, recorrimos con el marqués de Cerralbo la triste y reducida sala en que estuvieron en capilla los nobles generales, el largo, estrecho y anguloso pasillo, la pendiente escalera, y finalmente, el campo extendido al pie del muro de la iglesia, donde traidora descarga de plomo segó aquellas vidas heroicas que habían respetado los aceros y las balas liberales en los campos de batalla.

Así cayeron villanamente asesinados los generales García, Guergué, Sanz, el brigadier Carmona y el intendente Uriz, sin permitirles Maroto ni siquiera la defensa.

D. Vicente García, bizarro comandante en la pasada guerra é hijo del primero de los fusilados, lloraha en un extremo del grupo.

Al rezar por el alma de los mártires, que sin duda oían desde el cielo la plegaria de la muchedumbre leal, pensamos que si Maroto mató el cuerpo con el plomo, peor crimen es y más aborrecible clavar en el alma de los caballeros el dardo de la calumnia y deslustrar su honor é infamar su nombre imputándoles acciones que rechazan y doctrinas que condenan.

Entre el Maroto que ataca los cuerpos y el que ultraja las almas, siempre preferiremos el primero.

Que no sin razón se ha dicho que la calumnia es como el carbón: cuando no quema, ensucia.»

Entre los que se destacan en el grabado es fácil reconocer á los señores Marqués de Cerralbo, general Lerga, D. Salvador Elío, D. Donato Cumia, director de *La Lealtad Navarra*, don Marcelino Llorente y D. Julián Azagra.

### Obras de defensa alrededor de Olot.

(Págs. 200, 201, 204 y 205.)

Copia fidelísima de unos apuntes tomados del natural.

Otro día ya hablaremos extensamente de las operaciones militares verificadas en aquella estratégica villa.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró Paseo San Juan, 168